

LA PSIQUE INTERIOR DE LOS GUATEMALTECOS, LAS CUESTIONES DEL BICULTURALISMO

Arturo Arias

En círculos norteamericanos, la primera novela de Francisco Goldman, *The Long Night of White Chickens*, publicada en 1992, ha capturado la imaginación de muchos lectores desde su aparición. Hasta ahora no está muy claro si esta respuesta se debe al tema de la novela —el terror estatal en Guatemala—, el cual tiene demanda dentro de los Estados Unidos, aunque hay muy pocos textos en inglés que se ocupan del tema, a causa de la negligencia de las editoriales en traducir la ficción guatemalteca, o al hecho de que coloca el fenómeno tradicionalmente asociado con la “otredad” dentro de la piel de un ciudadano doble, parte norteamericano y parte guatemalteco, cuyas experiencias son transmitidas al lector como las de un norteamericano de la clase media. Obviamente, la calidad literaria de la novela para representar su tema no es insignificante. Por esta última razón fue nominada, y fue finalista, para el Premio P.E.N / Faulkner ofrecido en los Estados Unidos a la mejor primera novela publicada en inglés (en la actualidad muchos escritores latinos están publicando en los Estados Unidos sus primeras novelas en español).

Para los guatemaltecos, la exposición prolongada y cotidiana al terror que afectó a cada familia del país generó un distanciamiento del yo que a menudo hizo difícil novelar los recientes acontecimientos. No es que no se entiendan racionalmente los acontecimientos de causa y efecto del terror vivido entre 1954 y 1996, cortesía de la CIA. Sin embargo, la mera magnitud del fenómeno obligó a muchos guatemaltecos a enclaustrar sus emociones. A menudo se negaron a mirar dentro de sí mismos, por miedo de lo que pudieran encontrar. Como resultado de esto, muchas de las novelas guatemaltecas que tratan de los acontecimientos recientes son descriptivas, pero raras veces nos ofrecen ideas de la vida interior de los personajes. Carecen de introspección. Incluso los escritores guatemaltecos normalmente no están conectados con su ser interior. Su historia dolorosa los ha hecho tan herméticos e inescrutables como sus paisanos. Los guatemaltecos ocul-

Arturo Arias es escritor guatemalteco, autor de *After the Bombs*, publicado por Curbstone Press en 1990, y coguionista de la película *El Norte*. Es experto en asuntos centroamericanos y profesor de la San Francisco State University. Traducción de Eddy Gaytán.

tan sus sentimientos aun más que sus cuentas bancarias. Por eso es muy complicado para los extranjeros simpatizantes entender la psique de los guatemaltecos.

Ese es el mayor logro de la novela de Francisco Goldman *The Long Night of White Chickens*. Sí, es una novela bellamente escrita, con una gran riqueza de estratos y obsesionante en la búsqueda de sus personajes. Sin embargo, su contribución fundamental es el hecho de que Goldman es lo suficientemente guatemalteco como para estar conectado con los sentimientos íntimos que todos los guatemaltecos comparten, pero que raras veces explican, y lo suficientemente norteamericano como para sentirse confundido por su incapacidad (la de los guatemaltecos) para verbalizar su ansiedad. También tiene la habilidad extraña de ser él mismo quien nombra. La obra de Goldman es una novela de personajes (principalmente de cómo estos personajes piensan y sienten), no de trama. En realidad, la trama no progresa para nada, o si lo hace es mínimamente. Es el talón de Aquiles del texto. Con todo, a pesar del paso torpe que se vuelve fastidioso, por lo menos cuando se han leído dos tercios de la novela, el libro es cautivante por la sensibilidad en el desarrollo de los personajes y la habilidad nata de Goldman para capturar las contradicciones —sutiles o de otra índole— de las personas con una identidad cultural doble, quienes no alcanzan a entender si son guatemaltecos o no, pero que no encajan en ninguno de los dos lugares. Son verdaderos personajes post-nacionales que cuestionan las raíces de una identidad anclada en un solo espacio geográfico e identidad política. Es una novela realmente bicultural. Sólo esto le da originalidad: señala el camino hacia el futuro. De la misma manera como los estados nacionales se están desintegrando y ahora nos enfrentamos a una cultura global, la literatura está dejando de estar confinada a espacios nacionales. Lenta y seguramente, está entrando a una arena multicultural y multilingüe.

Al ser leída, esta novela genera “experiencias” potenciales que nosotros los guatemaltecos —o los guatemaltecos adoptados— nunca tuvimos tiempo o energía para llegar a comprender completamente. Con excepción, por supuesto, de esas ocasiones aleatorias que nos dan la oportunidad de recobrar emociones que habíamos abandonado en la periferia de la conciencia. Su lectura nos incita a aprovechar nuestro bagaje de experiencias culturales no explotadas. Nos proporciona un vehículo para experimentar lo que de otra manera se habría perdido de la memoria colectiva de los guatemaltecos.

El propio Goldman es un periodista bicultural que escribió artículos excelentes sobre el sufrimiento de los guatemaltecos en la revista *Harper's*. Su segunda novela persigue sus intereses en la dislocación y transformación de las identidades. Trata sobre un grupo de nicaragüenses varados en un barco que se quedó abandonado en Brooklyn. Posiblemente su propia ambigüedad a cerca de su propia identidad personal, sus propias luchas

interiores para definirse a sí mismo en un mundo que todavía se aferra a los nacionalismos y que sin embargo evade esas definiciones geográficas vagas, que celebra el multiculturalismo pero quiere hacerlo salir por la puerta trasera con el mismo gesto, lo preparó para su extraña habilidad de “leer” y descodificar los mensajes culturales.

El hilo de la historia es simple. Roger Graetz nació en Guatemala pero fue criado en un suburbio de Boston por una madre guatemalteca de la oligarquía. Tienen una sirvienta, cuya familia la mandó a vivir con ellos. El padre, más liberal, —un norteamericano— no puede tolerar la idea de una sirvienta y la trata como a una hija adoptiva, dándole educación. Así, Flor de Mayo Puac crece como la hermana mayor de Roger. Sin embargo, la familia de la madre de Roger la rechaza, pues sabe que antes de irse era “simplemente una sirvienta”.

Roger visita Guatemala la mayor parte de sus vacaciones de verano y asiste a un colegio que se parece grandemente al colegio Evelyn Rogers de la vida real (de hecho, hay toda una gama de referencias irónicas a lugares y personas reales de Guatemala: el periódico *El Minuto es La Hora*; Celso Batres y Luis Moya tienen sus contrapartes en ese periódico; la pastelería Hemmings es la pastelería Jensen, etc. Los aficionados guatemaltecos disfrutarán decodificando quiénes son los personajes de la vida real detrás de la máscara ficticia. En el colegio se vuelve amigo de Luis Moya. Este es hijo de una de la señoras de la limpieza y gracias a una beca estudia en un colegio tan lujoso. Luis finalmente conocerá a Flor de Mayo y se enamorará de ella.

Mientras tanto, el padre adoptivo de Flor de Mayo la manda a estudiar al Wellesley College. Posteriormente, ella regresa a Guatemala para buscar sus raíces y acepta un trabajo como directora de un orfanatorio. Mientras desempeña este trabajo es asesinada. El Ejército guatemalteco afirma que le pasó esto por estar involucrada en una red ilegal de adopción de niños. Roger no puede creer que sea así y decide descubrir la verdad de su muerte. Para hacerlo, consigue la ayuda de Luis Moya. Juntos, empiezan a descubrir los secretos de Flor de Mayo, los cuales, naturalmente, tocan las peores pesadillas del país. En este caso, saca a luz el negocio sucio de los militares que incluye la exportación de órganos de bebés a los Estados Unidos para trasplantes. Al desembrollar este misterio, Roger no sólo descubre bastante acerca de la naturaleza del terror en su “otro país”, sino acerca de la naturaleza del carácter de los ladinos y él mismo.

Es una primera novela con defectos. La falta de movilidad de la trama puede agotar la voluntad del lector más ferviente. También es repetitiva. Estamos frente a un caso de culpabilidad editorial. Los editores de Goldman deberían haber sabido que tenían una joya en bruto y deberían haber obligado al autor a hacer algunas correcciones, lo mismo que hizo Maxwell Perkins

con Thomas Wolfe hace algunas décadas. Aun así, con todo y sus defectos, es una novela que bien vale la pena leer. Sus defectos están en proporción directa a su gran ambición. Es infinitamente superior a la mayoría de las novelas asépticas, purificadas y "leíbles" publicadas en los Estados Unidos. No es un simple ejercicio de estilo sino una verdadera lucha entre lodo con el diablo por valores, ética y la noción fluctuante de identidad. Después de todo, el calibre de cualquier buen libro radica en los tipos de respuestas que evoca en los que lo leen, en las clases de actividades y consecuencias prácticas a las que conduce su lectura.

La novela *The Long Night of White Chickens* de Goldman permite que todos nosotros —guatemaltecos y norteamericanos— lleguemos a comprender bien nuestra realidad multidependiente actual, así como las cuestiones de dislocación geográfica y sus consecuencias culturales, problemas que cada vez más son el centro de nuestras actividades actuales y tribulaciones diarias. La novela contribuye a reafirmar la necesidad de los sujetos multiculturales de conseguir poder para reclamar su identidad contradictoria. Incita también a recuperar la memoria colectiva de Guatemala. Este último paso es fundamental. El país sólo puede ir hacia adelante si se recobra la memoria, si se clarifican los acontecimientos pasados y si un sentido de "nuevo comienzo" colectivo puede en realidad captar la imaginación colectiva, salvando las barreras entre "nosotros" y "ellos". *The Long Night of White Chickens* pone el dedo justamente en la llaga donde todas estas cuestiones se unen. En este sentido, también es una contribución importante para la lucha de los guatemaltecos con su propia identidad.

Finalmente, debo añadir que aunque se celebra que la novela de Goldman haya generado gran interés en los Estados Unidos y al hacerlo ayude a que las cuestiones guatemaltecas lleguen a ser conocidas, y otros escritores que escriben en inglés deberían sentirse exhortados a seguir usando Guatemala como fuente de inspiración o tema de investigación —ya que nombrar las cuestiones críticas del país es un paso importante para sacarlo de las filas de la ignominia e invisibilidad— al mismo tiempo este fenómeno no debería ser una justificación para que las editoriales dejen de traducir la ficción guatemalteca al inglés y de fomentar su circulación en los Estados Unidos. Los encuentros dialécticos entre los libros escritos tanto por norteamericanos como por guatemaltecos pueden servir de nuevo punto de partida para la comprensión del país y sus complejas relaciones con los Estados Unidos. Sin embargo, esto sólo ocurrirá si ninguna voz es silenciada, una vez más, como pasó en el pasado reciente, en este caso por la dinámica del poder y la negligencia de las editoriales y no por el amordazamiento político del pasado.